

PRESENTACIÓN DE "LA SAL DE LA VIDA"
BARCELONA, Museo de la Ciudad
30 de JUNIO de 2004

Muchas gracias, Pablo, por tus palabras.

Muchas gracias, Gabriel, por tu presentación.

Y muchas gracias a todos ustedes por haber venido.

Confieso que estoy impresionado. No esperaba un sitio así, un claustro gótico sobre unas ruinas romanas, ni una presentación como ésta.

Siempre me he sentido cómodo y bien acogido en Barcelona. Pero, la verdad, esto es demasiado. Muchas gracias.

Lo he dicho otras veces: no deja de admirarme que el primer libro de un autor desconocido convoque público. No a familiares, o a amigos, o al editor y, en este caso, también amigo. Sino público. Sobre todo, si es un libro poesía. Que en el mundo en que vivimos la poesía conserve

capacidad de convocatoria me parece un misterio. Y un motivo para la esperanza.

Presentar mi libro hoy aquí es para mí un reto.

Un reto porque me ha introducido un poeta y agitador cultural como Gabriel Planelles. No nos conocíamos. Joima Panisello, que es una gran amiga, le hizo llegar mi libro. De ella salió la idea de esta presentación. Muchas gracias Joima. A ti, y a todas las personas que, como Gloria Sanz y Bea Almenar, la han hecho posible.

La primera vez que hablé con Gabriel fue hace un mes. Hablamos por teléfono y me dijo que el libro le había gustado. También me dijo que le había advertido a Joima que si no le gustaba no lo iba a presentar, por muy amigo suyo que fuera el autor.

Me gustó eso. No sé si yo me habría atrevido a decir lo mismo. Gabriel es un valiente. No abunda la franqueza en estos tiempos.

Un par de días después teclee el nombre de Gabriel Planelles en Google y descubrí parte de su biografía. Mejor que eso: encontré poemas de dos libros suyos traducidos al castellano.

Pocas cosas me produzcan mayor placer que bucear en la poesía de un poeta que no conozco. Sobre todo si rebosa vida; es decir, deseos, frustraciones, imágenes, movimiento, cosas, personas, lugares, músicas, silencios. Todo eso, y mucho más, está en la poesía de Gabriel Planelles.

Yo le debo mucho a la poesía. Le debo algunos de mis mejores momentos junto a mis hijos pequeños cuando, justo antes de dormir, les leía la Balada del Viejo Marinero de Coleridge. O les malcantaba poemas de Góngora, de Lorca, de Neruda, de Machado, de Miguel Hernández, que Paco Ibáñez y Joan Manuel Serrat habían musicado poco antes.

A la poesía le debo también el mejor consuelo en mis horas amargas que, ahora que lo pienso, fueron bastantes. "Escribo para no

morir" escribí entonces. Ahora sé que no morir es más una cuestión de suerte - y de querer vivir - que de saber escribir. Pero que escribir ayuda.

A la poesía también le debo haber aprendido muy pronto el valor del silencio. Porque a la gran poesía le pasa como a los buenos cuentos: importa tanto lo que dice como lo que no dice. A veces, más.

Sin embargo, uno tiene la impresión de que se trata de distintos silencios. El silencio del cuento suele ser un silencio deliberado, un recurso técnico del autor para hacer más poderoso el relato.

El silencio de la poesía es de otro tipo. Es un silencio inevitable. El de esa soledad que nos permite ponernos en lugar de otros y sentir como propios sus afanes y sus desvelos. Para llenarnos de "otridad" y, hasta cierto punto, "resonar" con ella. El silencio suena. Y la gran poesía tiende a ser profética porque, de un modo u otro, trata siempre con lo inexpresable.

Ahí reside el núcleo íntimo del poeta: en decir o no decir. A sabiendas de que decir no basta, pero que ya es algo. De hecho, puede ser mucho. Decir bien tal vez no sea más eficaz que decir mal pero resulta más luminoso.

Sobre qué cosa sea la poesía yo no sé mucho. Conozco, sí, lo que han escrito otros. Pero sobre quién, o qué sea la poesía, o de qué esté hecha..., bueno, sobre eso yo no sé mucho. Curioso esto de dedicarle tanto tiempo a algo que uno no sabe bien que es.

Solo sé que he escrito poesía desde los diecisiete o dieciocho años. Desde entonces he escrito muchos poemas. Solo unos pocos realmente buenos. No sé por qué es así. O cuanto más durará este impulso. Solo sé que es así.

También sé que leer buena poesía me ensancha el ánimo. Y que escribir poesía me da mucho trabajo. Escribo, corrijo, rompo, vuelvo a escribir... Leer poesía, sobre todo si es buena poesía, me ayuda a

escribir. Alguna que otra mala poesía también ayuda. Siempre es más fácil identificar lo que uno no quiere hacer.

A menudo, abro un libro de un poeta que me gusta y dejo resbalar la vista sobre las palabras. Algunas se me enredan en la memoria, convocan a otras, polemizan en mi cabeza.

Y de pronto surge un verso. No necesariamente original o muy bueno. Pero verso, al fin y al cabo. Es decir, algo nuevo que está esperando a ser dicho por mí, en ese instante, con mis propias palabras.

Otras veces no ocurre de ese modo sino que siento algo (un sentimiento, una emoción, una duda, una imagen) que me crece dentro, que pugna por salir, y necesito librarme de ello.

Una forma de librarme es intentar nombrarlo. Como dijo Monterroso: si supiera pintar, pintaría; si supiera tocar música, tocaría música. Como solo sé escribir, escribo.

Con frecuencia eso me pasa por la noche, si estoy solo, antes de dormir. Por eso siempre tengo una libretita y varios bolígrafos sobre la mesilla. El metro o el autobús son lugares donde también se me ocurren versos. Pero como suelen ir atestados, y resulta difícil escribir en ellos, pues no escribo. Y, a menudo, los pierdo.

Luego, cuando sentado en el escritorio, repaso lo anotado, salvo muy poco. Pero lo que salvo lo guardo como un joya rara. Lo demás no lo rompo todavía. Uno nunca sabe cuanta mena puede quedar en esas gangas.

Creo que Rilke tiene razón cuando dice: "Entre en usted. Examine ese fundamento que usted llama escribir; ponga a prueba si hunde sus raíces hasta el lugar más profundo de su corazón... excave en sí mismo en busca de una respuesta profunda".¹

Pero cuando uno excava ahí, no hurga en un mineral inerte sino un tejido vivo, sensible, doloroso. Y casi siempre móvil. Por eso es difícil.

¹ Rainer Maria Rilke. "*Cartas a un joven poeta*". Alianza Editorial. Madrid, 2003

Pero "casi todo lo serio es difícil", decía Rilke. "Y todo es serio", apostillaba. Incluido el amor.

Sobre todo el amor, remacho yo, que debería ser lo más festivo y lúdico de todo. Pues si alguien me pregunta cuál es el tema de este libro diré que el amor. Allá cada cual con sus amores. El más grande de los míos tiene nombre y apellidos, y van en la dedicatoria.

Tampoco se muy bien qué tipo de poesía hago. No creo que importe mucho saber qué tipo de poesía hace uno a condición de que sienta que ése, y no otro, es el tipo de poesía que tiene que hacer.

Al lector le importa que lo escrito le llegue, le "diga algo". Y, si es posible, que le conmueva. Y eso solo se logra siendo auténtico. En poesía, como en la vida, lo auténtico escasea.

Para mí la poesía representa precisamente eso: una de las escasas oportunidades de ser auténtico. Junto con el amor, claro.

Ocurre que los resultados de ser auténtico dan miedo. Pues no se trata solo ejercicio de introspección, más o menos arriesgado. Esa es, si acaso, la primera fase.

A continuación, hay que seleccionar y expresar. Lo que significa descartar y dar forma. Es decir, poner imágenes, sonidos, ritmo, ideas. Y no cualesquiera, sino aquellas que solo pueden ser. En poesía, como en física, la exactitud es un requisito de la belleza. Por cierto, nadie ha dicho que la amabilidad lo sea.

Lo duro es sobreponerse a los fracasos. No me refiero a los fracasos públicos sino a los otros. El peor crítico de un poeta es siempre el poeta mismo.

Aunque el momento más difícil acaso sea éste: el de mostrarle tus versos a otros. Por eso me parece útil escribir mucho antes de publicar. El viejo Rojas nos lo encarecía hace poco: "... prisa para qué, laudatio para qué, vitrina publicitaria, publicidad vergonzosa para qué. Este

oficio es sagrado y no se llega nunca".² ¡Bueno, Rojas, sin exagerar, sobre todo cuando finalmente se logró la fama, que mucho peor es morirse inédito!

Por cierto, la inspiración, si existe, me visita poco. Para animarla he escrito una "*Oda a la improvisación*" que, en ocasiones, recito en voz alta. Pero como ella es más bien irreverente - o inexistente, no estoy muy seguro - el conjuro no me da resultado.

Así que leo. Y releo. Y vuelvo a leer. Releer buena poesía me produce una sensación especial. Es como si desde un lejano exilio degustase, de tarde en tarde, los añorados sabores de la patria ausente.

Los románticos y los primeros simbolistas hicieron de la poesía la única patria posible para los poetas. Los estructuralistas y los formalistas sustituyeron el término "poesía" por el término "lenguaje". Desde entonces decir "la patria de un poeta es su lengua" se ha convertido en un tópico. Peor que eso: en un peligroso equívoco, sobre todo para

² Gonzalo Rojas. *Discurso en el Paraninfo*. Premio Cervantes 2003. Alcalá de Henares, 23 de abril de 2004

quienes creemos que tener varias patrias – y vivir varias vidas, y hablar varias lenguas – es uno de los grandes lujos de la existencia. Y un excelente antídoto contra los estragos de la intolerancia o de la vejez, por cierto.

Hace años, en un momento de especial soledad, escribí: “la poesía es lenguaje y apenas comparte nuestra emociones”. Por entonces yo estaba congelado por dentro. Hoy no escribiría algo así. Releerlo me sirve para recordar hasta qué punto los sentimientos forman parte de la poesía. Corrijo: no forman parte; la forjan.

No me refiero a los sentimientos en estado bruto sino a la experiencia íntima de los sentimientos. A su historia. Los sentimientos tienen historia. Una historia que involucra, como mínimo, a los sueños, a los deseos, a la memoria, a los pensamientos y a las sensaciones. Insisto: “como mínimo”.

Wallace Stevens lo sintetizó muy bien: “Es a la vida a lo que intentamos llegar con la poesía”, escribió. Y, por si quedaban dudas,

añadió: "Cuando se deja de creer en Dios, la poesía es esa esencia que ocupa su lugar para que la vida resulte aceptable".³

Quizá sea ésa una de las lecciones de la modernidad: que en la poesía, como en la vida, hemos de alimentar esperanzas imposibles a sabiendas de que lo son. A condición, en el caso de la poesía, de que sean bellas. Y, en el caso de la vida, de que si no pueden ser reales, al menos sean buenas. Corrijo de nuevo: que sean buenas en todo caso.

"La sal de la vida" es una selección de poemas relativamente recientes, excepto dos de ellos: *"La sierra pobre"* y *"Siempre el mar"* que, si no me equivoco, tienen unos veinte años. Los demás los escribí durante los últimos ocho o nueve, muchos, sobre todo los incluidos en *Diario de Náufrago*, durante los últimos cuatro o cinco, justo cuando mi vida personal y sentimental, tras un periodo difícil, despegaba de nuevo.

No esperen que les comente este libro. Bastante hice con escribirlo. A cambio, les propongo que lo lean. Y, si les parece bien, que

³ Wallace Stevens. *Aforismos completos*. Lumen. Traducción de Daniel Aguirre. Barcelona 2002. Ed. bilingüe

se lo apropien, que es otra forma de decir que lo vivan. En una carta su hermano George, John Keats decía que sus "poemas debían explicarse por sí mismos, sin requerir ningún comentario".

Yo también pienso que la poesía no necesita exégetas sino lectores. En mi opinión, de entre todos los géneros literarios, es el que más depende del lector para existir. Cada lector hace un poema nuevo del poema que lee. Con frecuencia, cada vez que lo lee. Extraña, pero así es la cosa.

Sobre el título del libro les contaré algo. Al principio, pensé que se me había impuesto en el duermevela de una madrugada y que no era muy original. Si acaso, le ayudaban sus evidentes resonancias bíblicas. Y así lo expliqué en alguna presentación anterior a ésta. Después se me ocurrió que era un homenaje inconsciente a Eugenio de Andrade, fallecido hace poco, de cuyo libro "La sal de la lengua" me he hecho muy amigo en estos últimos años.

Hasta que hace unos pocos meses, durante otro duermevela imparable, me topé de pronto con un poema mío que se titulaba así: La sal de la vida. Había estado en alguna de las primeras versiones del libro y por, esas cosas que pasan, no llegó a la versión final. Era un poema corto, obviamente incompleto, pero tenía "algo".

Me puse a jugar con él. Cuando en noviembre pasado presenté el libro en Madrid lo leí tal como era entonces. Hoy lo voy a leer como es ahora. Me gusta porque es un poema huérfano, que crece en soledad, y nadie sabe si alguna vez conseguirá reunirse con su familia. Mientras tanto viaja errante y como puede. Por eso le tengo cariño. Dice así:

LA SAL DE LA VIDA

Esta es la sal de la vida. Que no pierda su sabor
y siga en marcha con su olor, su materia,
su fino polvo, con lo sobrevenido
gracias a lo amado.

Sal del sollozo y de la risa abierta,
soleada, lavada por tantas lágrimas,
por tantos mares que no son ríos,
lagos, marismas a pleno sol
sino caracolas de tersa piel...
renuncia, no: apasionada empresa.

Así somos nuestro pan y nuestra sal.
Así nos redimimos. Así nos salvamos.

¿Perderemos alguna vez su sabor,
su color,
su estrellado aroma a horno
y playa,
a piedra miliar
y a sencillez de labio?

Pues si la sal pierde el sabor,
y si el pan, y el café, y las naranjas,

y la carne hecha mantel,
lino,
sábana;
si este "libranos de nombre,
de horas donde todo es culpa,
y sombra,
y duro y despiadado espacio";
si esta, en fin, "geografía de la pura nada"
y este "basta una palabra,
como bastan el Bien y el Mal,
y no hay celda,
empleo, ajeno triunfo,
personales deudas..."

si todo esto, más prisión y muerte,
y el abierto combate,
y la transhumancia del verbo,
viene donde no estamos
y nos priva de este oficio triste,

de lo nupcial hecho luz, ojos, parto,

de lo mísero a tientas

ni ascendido ni degradado,

¿cómo organizaremos, díme,

el cotidiano prodigio?,

¿a quién convocaremos

al espléndido desayuno,

al repentino, alborozado jolgorio

de nuestras madrugadas anchas?

Durante un tiempo pensé que la poesía era una forma de conocimiento. Luego me di cuenta que no. O no solo. Que es una forma de vida. Mejor dicho: que es una dimensión del vivir, capaz de coexistir con otras muchas (la medicina, la función pública, la diplomacia o el comercio, por ejemplo) pero que tiene una característica singular.

Y es que dota a todas las demás de una cualidad especial. Algo así como de un brillo singular y único, capaz de producir, al mismo tiempo, un placer intenso y una irresistible llamada a la acción.

Saint John Perse, que inició su discurso de aceptación del premio Nobel de literatura con una maravillosa analogía entre la poesía y la física moderna, lo concluyó reclamando para la poesía su condición “de acción, de pasión, de potencia, de innovación que sobrepasa siempre los límites”. Y postulando que “el amor es su hogar, la insumisión su ley, y su lugar está en todas partes, sobre todo en la anticipación”.⁴ Es decir, equiparándola a lo mejor de la vida.

Sentirme vivo mientras escribo poesía, percibir el especial significado tanto de lo inerte como de lo vivo en torno, me hace vivir de un modo especial, me produce una alegría inigualable. Incluso cuando escribo con los pies hundidos en la decepción, la tristeza o la angustia.

⁴ Saint-John Perse. *Discours de Stockholm*. Oeuvres Complètes. Gallimard, Paris, 1972

Una mañana, junto a la puerta de un vagón del metro de Madrid encontré un poema de Joan Margarit, en catalán y en castellano. El poema se titula "No llencis les cartes d'amor / No tires las cartas de amor". Es un poema que empieza diciendo "Elles no t'abandonaran". Y termina:

Cauran els anys i avorriràs els llibres.

Davallaràs encara,

i perdras, fins i tot, la poesia.

El soroll fred de la ciutat als vidres

anirà esdevenint l'única música,

i les cartes d'amor que hauràs gardat

la teva última literatura"

¡Qué envidia, ¿no?! Uno no siempre logra escribir poesía como esta pero siempre puede leerla. Y en ese diálogo con lo que otros han soñado, imaginado o sentido nos es dado fabricar alguno de los momentos irrepetibles de nuestra existencia.

Pues incluso en las circunstancias más duras, la poesía objetiva y relativiza nuestros sufrimientos, disipa nuestras murrias, nos inyecta conciencia de vivir y gusto por estar vivos, combate la pesarosa imagen de no ser, de vivirnos ajenos, de sentirnos vividos.

Empecé esta intervención diciendo que no sabía que cosa era la poesía. Ahora me parece que, sobre todo, es una actitud. La de quien cada mañana, y pese a todo, está dispuesto a intentarlo. La de quien nada espera pero sabe que todo puede ser. Que se puede ser. Poco a poco o de repente. O poco a poco y de repente. Por sí y porque sí. Para hoy. Para mañana. Y para un siempre que, por fortuna, es poco más que un mañana algo extendido.

Significado. Sentido. Mensaje. Alegría. Ojalá estos poemas míos estimulen en ustedes algo parecido a eso.

Muchas gracias.